

JOAQUÍN CIFUENTES SEPÚLVEDA

EL ADOLESCENTE SENSUAL

POEMAS

CON UN PRÓLOGO DE JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS
Y UN POEMA DE PABLO NERUDA

SANTIAGO DE CHILE

1930



EL ADOLESCENTE SENSUAL

JOAQUÍN CIFUENTES SEPÚLVEDA

EL ADOLESCENTE
SENSUAL

POEMAS

CON UN PRÓLOGO DE JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS
Y UN POEMA DE PABLO NERUDA

SANTIAGO DE CHILE

1930

PRÓLOGO

Un nuevo libro de Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Un libro por el cual el poeta que fué Cifuentes pasa cantando la dicha del amor soñado y logrado. Poemas de ternura cálida, sensitiva, hogareña, a través de cuyas voces suaves y serenas se percibe por instantes como el trizamiento de un cristal.

Frente a la obra anterior de Cifuentes Sepúlveda, estos versos sueñan como una acción de gracias. Son los himnos ilusionados de un hombre entristecido que, aunque alborozado la voz, no logra acallar sus latidos dolientes.

Este ADOLESCENTE SENSUAL será leído con meditativa devoción. Porque es sincero y emotivo. Porque es el libro de un poeta que hizo su áspero camino, idealizándolo. Mordiendo varonilmente su angustia. Porque anduvo errabundo y escuchó el tañido de la muerte en tierra extraña, lejos de los árboles que supieron de sus dolorosas confesiones y de los vientos que entendieron la armonía de sus cantos.

Entre los escritores jóvenes, Joaquín Cifuentes es uno de los pocos poetas de verdad. Limpio de oropeles, auténticamente emocionado, ha dicho su mensaje sencillo y humano. Y queriendo cantar con alegría, ha cantado como cantan los poetas, tristemente.

Dormido para siempre su espíritu creador, hoy prolonga sus vibraciones en estas páginas que la compañera soñada por él ha anudado con los lazos de su amor.

JORGE GONZALEZ B.

AUSENCIA DE JOAQUIN

Desde ahora, como una partida verificada lejos,
en funerales estaciones de humo o solitarios malecones,
desde ahora lo veo precipitándose en su muerte,
y detrás de él siento cerrarse los días del tiempo.

Desde ahora, bruscamente siento que parte,
precipitándose en las aguas, en ciertas aguas, en cierto océano,
y luego, al golpe suyo, gotas se levantan, y un ruido,
un determinado, sordo ruido siento producirse,
un golpe de agua azotada por su peso,
y de alguna parte, de alguna parte siento que saltan y salpican estas aguas,
sobre mí salpican estas aguas, y viven como ácidos.

Su costumbre de sueños y desmedidas noches,
su alma desobediente, su preparada palidez,
duermen con él por último, y él duerme,
porque al mar de los muertos su pasión desplómase,
violentamente hundiéndose, fríamente asociándose.

PABLO NERUDA

LAS PALABRAS ETERNAS

AMADA

Te digo "amada" porque en la palabra amada
me deleito y descanso.

Porque en ella me siento tan bien como a la sombra
de los manzanos.

Te digo amada, porque la palabra amada
es como el agua Canta.

Tiembla y alumbra en mi alma esta palabra
dulce. ¡Oh dulce, como la boca de las zagalas!

Te digo amada, porque la palabra amada
es como una plegaria.

Porque en el corazón de esta palabra
mi corazón se agranda,
se purifica
y llena de gracia.

AMIGO

Tú me dices "amigo"
porque en esta palabra, sin mirarme, me palpas
y aprisionas. De lejos sabes que estoy contigo.
Tú me dices amigo, sonrosada y pensando.
Entre tus labios tiembla la palabra inocente
como si en tu garganta la arañase el espanto.
Espanto de entristecerme y herir la alta confianza
de mi amor encendido, como un arco, en tus manos.

Tú me dices amigo porque en la palabra amigo
pones toda la santa confianza de tu espíritu,
como en mi pecho firme, rendida, la cabeza.

Porque en esta palabra está el sentido secreto
de las cosas pequeñas que entenderás mañana.
Mañana. Oh! sí. Mañana cuando estés en mis brazos.

Tú me dices amigo porque la palabra amigo,
dura raíz de un ancho receptor de virtudes,
quebra en tí el desconsuelo de treinta años perdidos.
Cuando dices amigo cierras los ojos dulces
y tu amor y mi amor son como dos suspiros

Me dices amigo porque en la palabra amigo
está la amarra de los pilares de la casa,
porque ella es la enseñanza que el pastor necesita
para bajar la arisca oveja desde los montes
hasta la clara fuente y el prado en que se sacia.

Tú me dices amigo
porque en esta palabra están tus sueños, tus campos,
tu hogar y tus recuerdos: tu tristeza y tu dicha.
Porque el que ahora te habla, ¡oh amada!, en estos cantos
es el hombre en tu vida.
Esto es: duda, esperanza y fatiga

RECODO FAMILIAR

LA CASA DE LA PLENITUD

Hembra dorada y jubilosa,
pulpa de treinta soles rubios,
madura estás como las pomas
y hueles a pan de centeno,
a fruta y a vino y a cántaro
y a heno.

Yo, varón de altanero rostro,
músculo y corazón resuelto,
aquí te aguardo, en el umbral
de esta casa que mis brazos recios
construyeron con ladrillo y cal.
Casa tan mía como tuya,

casa de nuestro amor sin fin,
en la que puse la primera
piedra pensando en tí,
y la última,
pensando también en tí.

Casa de los dos, casa nuestra,
casa de nuestros sacrificios,
de nuestra sangre y nuestro amor,
donde jugarán nuestros hijos
y los hijos de nuestros hijos,
retoños rubios como el sol.

Hembra y varón y nido blando
Tenemos todo lo que es preciso
para hacer de la tierra pobre
un paraíso.

Nada nos falta, nada, nada:
tú tienes amplias las caderas,
erectos los senos redondos
y amarilla la cabellera.

Nada nos falta, nada, nada:
yo tengo duro el amplio pecho,
firmes los brazos musculosos,
valiente el puño y la esperanza
serena y vasta como un cielo.

Hembra del claro sonreír,
donde se afirma la raigambre,
sólida, de nuestro porvenir.
Nada nos falta, nada, nada:
ni el vaso, ni el vino, ni el deseo.

Tenemos la estopa y la brasa,
¡hagamos crujir el incendio!
Nada nos falta, nada, nada:
tenemos piedra y argamasa,
manos afanosas y fuertes
estopa, aceite, miel y brasa,
tenemos la piedra y la pica.
¡Dignifiquemos nuestra casa!

EL HIJO VARON

*Nuestro primer hijo será varón.
De ti tendrá la santa serenidad y el
noble gesto. Se llamará como mi
padre. Quiero que ningún hijo mío
lleve mi nombre.*

Lirio—no rosa—, lirio tu amor grande y eterno,
santificado ahora que el niño viene en viaje.
Cuando tenga año y medio dirá algunas palabras.
Me voy.
Volveré pronto.
¿Quieres acompañarme?

Ah! pero va a llover; mejor, mientras tú tejes
hablaremos del fruto de tu vientre gozoso:
ha de ser más robusto que yo, poco más alto,
pelo rubio, ancha frente, ojos como tus ojos.

Puro de pensamientos, cuando tenga veinte años
le contarás mi vida, toda, parte por parte;
no le ocultes ninguna de mis hondas desgracias.
Es bueno que los niños conozcan a sus padres.
Le dirás que deseo que no vea en mis actos,
malos o buenos, sino leves intentos amplios;
los malos se perdieron entre oscuras penumbras,
los buenos se los puedes señalar en mis cantos.

Pero ya es tarde, tengo que hacer algunas cosas,
atender mi trabajo ¿Tú te quedas en casa?
¿Recuerdas que cuando éramos novios no te besaba?
Ah! ¡pero cuántas cosas te decía en mis cartas!

*Será varón. De mí tendrá una
sombra familiar en el rostro. Nada
más. No quiero que perpetúe mis
cualidades; todas, hasta las buenas,
me impidieron vivir como yo quise.
No será poeta.*

ROMANCE DEL MANCEBO Y LA VIRGEN

En las veladas crudas del invierno,
mientras azoten el agua y el viento
la firme techumbre de nuestra casa
y mis hijos digan: "Tenemos miedo,
tenemos miedo, cuéntanos un cuento",
y tú digas, besando al más pequeño:
"Cállense, niños, el papá está enfermo",
yo les diré el romance del mancebo
y de la virgen de la blanca sien
que, como yo a tí, la dijo: "Te quiero"
y ella, como tú, dijo: "Yo también".

*Erase una vez un mancebo
y una virgen de blanca sien;
el mancebo la dijo: "Te quiero"
y ella le dijo: "Yo también".
Desde entonces mancebo y virgen
vivieron como reina y rey.—*

Hijos: mi vida entera es este breve
romance santo. Vuestra madre
lo escribió con su vida y con mi vida,
su espíritu y mi espíritu, su sangre
y mi esperanza. Vosotros en sus brazos
sois la gloria florida de sus besos
y el camino seguro de mis pasos.
Ella escribió este cuento. Ella es la reina.
Ella la que lo dice en esta tarde.
Rey de un pequeño reino de alegría
os lo canta gozoso vuestro padre.

LA ESPOSA SONRIENTE

Esposa Amarra leve que nos ata las manos
a un firme amor sereno tendido en nuestras vidas.
Detrás, fuente anegada, quedó un beso escondido.
Esto tenía que suceder. Yo lo sabía.

Dormida te contemplo, crepúsculo sonriente,
realidad que a mi pecho recuesta la cabeza.
Cada vez que mis brazos te estrechan con deseos
se te llenan los ojos de una inmensa tristeza.

Esposa Anillo de oro, promesa de trigales
que limpiaré mañana de la oscura cizaña.
Los chicos, en la huerta, jugarán con las aves.
Los mayores ¡Quién sabe si aún estarán en casa!

Mi abuelo fué labriego. Yo también quiero serlo.
En el campo conozco que me mejoro mucho.
¿Será porque en los pueblos hallo junto a tu imagen,
la imagen de mi negra vida de trotamundos?

Mi corazón estaba cansado de buscarte,
y sin embargo, apenas nos sorprendió el encuentro.
Conversabas con una compañera de escuela
que murió al poco tiempo.

Me dijo: "Hace diez años que lo aguarda esta casa,
todos hablan de Ud., tal si lo conocieran".
Se fué. No la vi más. Dios la había mandado
para que te cuidase hasta que yo volviera.

Espejo de mis altas aspiraciones, miro
mi porvenir en todas tus secretas ideas.
Si tú me lo pidieses sería heroico y grande,
pero tú no me pides nada más que te quiera.

Esposa Guía de uva rosada que nos liga,
puerta por donde pasa mi amor hasta tu alcoba.
Si no me hubieses dicho que me querías, ¡ay!
quién sabe en qué país me encontraría ahora.

BALADA DEL VARON EXALTADO

Vientre rosado, suave combadura de fruta,
donde mi vida posa la frente con confianza,
vertiente clara, fresco vigor de uvas maduras
para la llama vasta que me muerde la entraña.

Anfora del retoño que dirá mis palabras,
cuna de sus lejanos quebrantos y sus ansias.
Tu vientre tibio tiembla como un fruto dorado
mecido por la mano del viento en las mañanas.

Sombra armoniosa, sombra que vive y canta,
blanda para mis hijos que buscarán tu amparo,
pedazos tuyos, suaves cachorros de alma huraña
en cuyos ojos negros temblará mi arrebato.

Colina perfumada de tu cuerpo. Colina
que pie de varón nunca pisó ni vió ojo extraño,
tierra virgen atenta que aguarda la semilla
para entregarla, en breve, convertida en milagro.

Regazo lento, mano generosa y humilde
en cuyo hueco mi alma recuesta su fatiga,
vientre fecundo, rubia manzana dulce y firme
colgada del prohibido árbol de la desdicha.

Mi amor alza los brazos hacia tu comba suave
y entorna la inocente mirada como un niño.
Por esa dicha cierta que arrancaré a tu carne
me arrojará de nuevo tu Dios del Paraíso.

GOCE MAGNO

Corona He aquí, al fin,
la suerte me obsequia una corona
viva que eres tú.
Tú, ¡oh! esperada, margarita inocente.
Ojos de la extraña agua verde
que beben los que buscan la muerte.
Manos de la misma tierra exaltada
con que los hombres hacen cántaros para la leche.

Tú eres ahora mi corona.
Para mí te hicieron los que te llenaron la boca de besos
y tejían rizos cuando estabas pequeña.
Para mí que venía hacia tí, desde hacía diez años, ———

con estas preguntas en la frente anhelante:
¿Conoce Ud. a la que cuando llora
hace la noche en la ciudad de los extranjeros?

¿A esa que sonríe para que los trigales
maduren dos veces antes del invierno?
¿La que cuando suspira
detiene el agua de los manantiales?
¿La que canta en las sombras
para que dancen locas las perdidas estrellas?
Anda siempre leyendo debajo de los sauces
¿No la ha visto sentada con un haz de crepúsculos
en la mano derecha?
¡Ah! si está en todas partes.
Están ciegos Uds. ¡Debe estar esperándome!
Nadie me había dicho que tú tenías la cabellera
del color de mi oscuro pasado.
Nadie me había dicho que tus manos dentro del guante
se parecían a las abejas en el estuche de los copihues.
Nadie me había dicho que al hablar tu boca
se llenaba de la música de los naranjos floridos.
Nadie ¡oh! magnífica, me había hablado
de estas cosas de tu vida.
Pero yo lo sabía todo. ¡Oh! sí, yo lo sabía todo.
Cuando naciste, el sol entraba en Piscis
y dicen los signos del zodiaco:
mujer nacida en este tiempo
a los treinta años hallará al esposo.
Tú eres ahora mi corona.

Corona de alegría
y esperanza de arribo en el mar insondable;
de beso en las callejas en que se citan los amantes;
de recuerdo, en las noches, cuando afuera,
agua y nieve,
relumbra la herradura del viento;
de nostalgia en los rincones oscuros
donde los azules marineros noctámbulos
abreven una droga rubia
que le cambia el color a la vida morena.

Tú eres ahora mi corona.
De oro como las que llevan los reyes
y eterna como las que les ponen en las batallas
a los que caen con una espada en el pecho.

Dulce corona,
segura y llena de la algarabía
de los pájaros que por fin divisan el alero propicio.
Rosada y sutil, como las flores que hay en las porcelanas
de las lámparas.
Dulce y mía, como esta tristeza que es mía
y esta esperanza que es mía
y esta mano tuya que es mía
cuando me hace señas en tus ventanas.

Corona del amor, la palpo y beso
hoy que recuerdo tus palabras:
"Ese hombre nos está mirando".
También nos miraban las estrellas.

Corona del amor en la sombra de esta tarde
en que mi alma te implora:
tu boca aquí en mi boca,
como la boca de ese trashumante
en el borde del vaso en que bebe la alegría y la aurora;
tu mano aquí en mi mano, como la mano
de la infanta que en un retrato juega con las palomas.

LA ACTITUD SUPPLICANTE

ORACION PARA QUE EL AMOR NO SE ME VAYA

Dame, Señor, que nunca este amor se me aparte,
no tengo más, mis manos están siempre vacías
Si tú me lo quitases, no volvería a amarte:
mi fe, como una llama, fugaz se extinguiría.

No tengo más, no tengo nada más adorable,
si este amor se me fuese, ¿dónde lo buscaría?
¿Qué montaña, qué río, qué bosque impenetrable,
como a una veta de oro, tenaz lo ocultaría?

Es mío, mío, mío Señor, tú me lo diste,
no me lo quites, déjalo que conmigo se muera;
tu voluntad lo puso en mi camino triste,
debe marchar conmigo para donde yo quiera.

Yo te pido tan poco; yo no he tocado nada:
no tengo más, mis manos están siempre vacías
Por sobre los oteros y bajo la hondonada
me tiraste a rodar sin un beso en la frente.

Hoy que tengo este amor vengo por él a hablarte,
no tengo más, mis manos están siempre vacías
Si tú me lo quitases, no volvería a amarte:
mi fe, como una llama, fugaz se extinguiría.

Dame también a mí Yo no he tocado nada
más que un calvario largo y una pesada cruz
Déjame con la vida, déjame la alborada
de este amor que me abrasa como abrasa una luz.

Dame también a mí, Dios de nuestros destinos,
ley de nuestros fracasos y nuestros pobres éxitos
Dame que no se vaya mi amor por los caminos
como los niños tristes detrás de los ejércitos.

Si se me va este amor, ¿dónde hallaré otro amor?
Mi alma de tanta angustia morirá enloquecida.
No me lo quites, déjalo conmigo, Señor.
No tengo más, no tengo nada más en la vida.

RECODO SOMBRIO

SOLDADO DE LA MUERTE

Te querría como a una historia lejana y dulce,
pero tú tienes los ojos del color del placer
y están maduras las manzanas de tus senos.

Mi vida es como este día de difuntos, triste
y frío, por la llovizna que moja hasta los sesos,
y el negro, largo recuerdo de los muertos. Pero
aún tengo para amarte los brazos y la boca.

Hoy ni aquél mi vago parecido con Lord Byron,
ni la actitud elegante y el gesto militar
tienen que ver con este soldado de la muerte
que soy. Ahora que debía ser rico y bello
porque estoy en la justa mayoría de edad.

Pero ven, no te alejes, lámpara de mi noche,
faro, corza ligera, para amarte me quedan
los abrazos más fuertes y el beso más ardiente.

En la feria del tiempo donde estoy como un signo,
solo con mis sentidos, frente a mis sueños nuevos,
tu voz, como una línea, me subraya tu ausencia.

La ruina de mi cuerpo cruje mientras escribo.
Me cuesta un grito horrible cada verso que enhebro,
y esta mueca espantosa con que busco la clara
palabra para el canto se estereotipa en mi alma.

Tú, a esta hora, ni piensas en que no estás conmigo
sino en este poema que yo escribo sin verte.
Cuando me quedo solo se concluye el poema.
Nada puedo agregarle mientras tú estás ausente.

Algo que no comprendes te lleva hacia el espejo.
Detrás de tí estoy yo, borroso como un recuerdo.
Tú me miras y callas, temblorosa y rosada.
¿Sientes cómo mi sombra te habla desde el silencio?



Hoy releo estas líneas con tristeza de sangre.
Para qué este poema que se amarra a tus besos
maceramamiento vivo que concluye en tu amor.
Para qué este poema que se amarra a tus besos
hoy que nos une apenas una cruz en la muerte;
cruz donde mis dolores se arrodillan cansados
para que tú con ellos hagas — ¡lumbre de estrellas! —
una guitarra ardiente que te aleje las penas.

PLEGARIA DEL VENDEDOR DE ESMERALDAS

Sombra de cielo, santa dulcedumbre de santa,
almohada en que mi vida se recuesta a morir,
báculo que me apoya, lumbré que no se aparta,
te apretarán mis brazos cuando te quieras ir.

Descanso de mis locas ambiciones terrenas,
blanda mano en la frente para mi largo mal,
soy en tu corazón como sangre en las venas,
ilanto en tus ojos, beso en tu cuerpo y en tu faz.

Hoja de orgullo, rama, tembladera de loto,
esperanza que nunca deja de esperar, aquí estás
en mi mano y en este verso roto que hoy te escribo
en la humilde cama de un hospital.

Roca, tierra de absurdo, puñado de desprecios,
caídos en la noche como en un mar sin fin.
Pero no estás conmigo para escribirte versos
y mirarme en tus ojos para poder dormir.

Largo canto de angustia; rubor de mis fracasos,
amarrado en tu vida soy un firme eslabón.
Cuando tú no me quieras sentiré tus abrazos
como las dislocadas notas de una canción.

Tú no estás a mi lado y hay silencio en mi cuarto,
vendedor de esmeraldas, para tí las más blancas,
éstas con que ilumino las tardes de mis dudas,
como en la noche, el largo camino con mis lámparas.

Vigor de llamarada, brazos contra el destino,
actitud de barquero, yo conduzco mi barco.
Tú que no me conoces y ni existes, quién sabe,
vienes para orientarme con los brazos en alto.

Tú no estás a mi lado, plumón de mis cansancios,
bálsamo de mis quejas, sal de mi sed ardiente,
y aunque en la noche lenta no te encuentren mis manos
mi amor es, más que nunca, una estrella en la frente.

Cadena de dolores amarrada a mis naves.
Mis ojos, como un faro, marcan signos de espanto.
Voy sin rumbo en la grupa de tritones ardientes.
Como un ebrio, en la sombra, mi amor busca tu amparo.

Carne de amanecida, blanca esperanza al viento.
¿Para qué esta tristeza y este escribir de amor?
¡Rómpete en mi garganta verso que ya no siento!
Pero ¡ay! me estoy mintiendo
¿No ves que aunque no quiera siempre escribo de amor?

TU RECUERDO MIENTRAS RESIDO EN EL SUR

Rama de tu presencia quebrada en mi ventana
hoy que tú no me quieres y yo estoy siempre solo.
Rostro de tu recuerdo cargado en mi silencio,
como antes tu cabeza cargada con mi rostro.

Pedazos de tu historia y de mi historia unidos,
quebrados, pero unidos, como las dos mitades
de tu vida y mi vida que se dieron las manos
al separarse.

Canto de desconsuelo, tu voz vibra y se aleja.
Hoy que tú no me quieres y yo estoy siempre solo,
sé que cuando me amabas no eras tan bella y suave
y ahora de tan bella casi te desconozco.

Brazo tuyo en la hora que mi vida te llama
desnudo está y reposa aquí contra mi rostro.
Abro los ojos, miro: todo está como entonces,
pero tú no me quieres y yo estoy siempre solo.

Pienso que no te tengo dormida entre mis brazos
y veo, con tristeza, cómo en mi vida errante
eres como una larga canción que me adormece
y se aleja en puntillas para no despertarme.

Caricia de tu lenta palabra atormentada,
voz de tu lejanía que llama a mis cristales,
en este día en que hace frío y está lloviendo
como si no quisiese mojarse por las calles.

Verso de mi esperanza crispado y solitario
enrollado a tu cuello como una inmensa sierpe,
calla, en la noche oscura, mientras tú duermes sola,
canta, cada mañana, para que tú despiertes.

Yo estoy aquí lo mismo que cuando tú me amabas,
sólo me siento un poco más triste cada día.
Los amigos me dicen que estoy envejeciendo
y es preciso que piense seriamente en mi vida.

Yo he pensado en casarme y en ser hombre orientado,
pero no tengo novia y hoy estoy solo siempre.
Desde que tú no me amas todo lo que yo pienso
lo mismo que una llama tiembla y desaparece.

Aquí, mientras escribo, digo que desde ahora
mi voluntad rotunda cambiará mi existencia:
tendré una mujer rubia y dos infantes rubios
y una huerta por donde pasear con mi tristeza.

Lejos de las ciudades, bajo cielos tranquilos
tendré una casa clara, con una amplia ventana,
por donde estaré siempre mirando hacia tu vida
como si tú vivieses al frente de mi casa.

Pero tú no me quieres y esto que pienso ahora
es como espuma vana porque tú no me quieres
No tendré casa, infantes, ni mujer rubia, nada
tendré. ¡No tendré nada porque tú no me quieres!

LA SANTA CONFORMIDAD

Vago y vago. La tarde me habla como enemiga,
nadie me reconoce, debo de estar muy triste.
Un mal viento me curva como curva una espiga.
¡Ya no soy ni la sombra del que tú conociste!

Han bastado seis meses para cambiarme tanto;
de aquel amor absurdo no me queda una huella;
sobre mi corazón sólo siento el quebranto
que sentí cuando niño por coger una estrella.

Estoy bien, pero ¡mírame!: soy el que te quería,
el que sembró en tu vida tanto verso de amor.
Una mujer fatal se atravesó en mi vía,
¡la llevo en brazos como si llevase un dolor!

Esto es triste, ¿no es cierto? Pero es bien de la vida:
nos amamos, nos olvidamos . . . Historia vieja.
Comenzaremos ambos una nueva partida
y el corazón valiente no lanzará una queja.

¿Para qué? Simplemente fueron jugadas malas.
A nuestros pies la vida canta cosas extrañas.
El corazón extiende sus más potentes alas
pronto a emprender un vuelo hacia las montañas.

Esta es la verdadera filosofía: santa
quietud, santo reposo, santo resignamiento;
dejar que nuestra vida brote como una planta
y como planta muera cuando la quiebre el viento.

Ser como los caminos externamente quietos,
siempre dispuesto a darse y a no pedir jamás.
No arrancar a la vida sus encantos secretos
como se arranca al árbol la manzana y la paz.

Serenidad: la noble paz de la fuente mansa
ante el dolor desnudo y el desgajado espanto.
Después, mientras el cuerpo bajo tierra descansa,
el espíritu libre vibrará como un canto.

Esta es la verdadera filosofía: santa
quietud, santo reposo, no maldecir la suerte,
que si la vida siempre nos cargó con su planta
nadie sabe qué dicha nos espera en la muerte.

EL POETA DESCORAZONADO

EL MOMENTO ROJO DE CHILE

Me dices: "Ya no me escribes, ¿está enfermo?"
No estoy enfermo, amada, pero sí estoy muy triste,
una angustia tremenda me está mordiendo el alma
y la palabra mía ya no se oye en la noche.

Aquí, junto a esta piedra donde inclino la frente
miro mi vida inútil, tal un molino en ruinas.
Ya en sus aspas el viento no enreda sus caprichos.
Horizonte rasgado por la oscura cuchilla
de una garra rampante, ya mi vida no vuela:
esclava de la suerte se golpea en la roca,
cae rendida, rueda, no se levanta, muere.
¿No ves que ya no puede la pobre con sus gritos?

Cómo escribirte amada, si hay vergüenza en mi rostro,
si mis manos se crispan y el dolor me enrojece:
nuestra casa, la casa donde jugamos libres,
donde cantamos libres, donde libre te amaba
ya no está, como entonces, alegre ni está sola.
La han invadido extraños que me muestran los dientes.

Con cadenas de fuego me sujetan los brazos.
Estoy solo, en la noche, ciego, estoy como herido.
Pero la voz me salta como un chorro de espumas,
canta en mis sangraderas una canción de espanto.

Tú, como una esperanza blanca en mi tarde lenta,
así, pequeña y dulce, débil como un recuerdo:
tu mano como un bálsamo en mi frente, tus ojos
como un lago lustral donde estoy yo y el cielo.

Tiendo sobre la huella de los soldados
mi cuerpo, como un himno a la tierra nueva.

Tú, de rodillas, símbolo, cúbreme con tus alas,
que no vean la angustia de mi boca apretada,
la fiebre de mis sienes, la herida de mi rostro,
la nieve de mis sueños hollada por la infamia,
la llaga de mi espíritu derrotado y confuso . . .

Cuando muera, tú debes gritarle al extranjero:
¡he aquí al poeta en el momento rojo de Chile!

RECODO VERTIGINOSO

CARILLON INVISIBLE

LA PREGUNTA INQUIETANTE

Brazo de este crepúsculo que nos une en la ausencia,
frente a mí, frente a tí,
como un arco encendido raya nuestros recuerdos.

Tienes de las mujeres que bailaban can can
la armonía y el gesto,
así como me miras, así Viento amoroso.

En mis ojos indagas el anhelo inquietante
Ahí, sobre ese valle que encajonan tus senos,
ahí está la pregunta que he de hacerle a tu vida.

Estoy mirando un cuadro de Romero de Torres:
tú eres esa que tiene la cintura tan fina.
yo ese que lleva el amplio chambergo de torero.

Brazo de este crepúsculo que se va sin dejarte,
¡el tren que se lo lleva no vuelve hasta mañana!

LA ROSA DESPRENDIDA DEL FUEGO

Incendio de los campos junto al Maule,
piedras de sangre, vastas sementeras ardientes,
chozas crespas de llamas. Tú, junta a mí, expectante.

Espejo del infierno, ladra el río, en la noche,
caen robles gigantes, huyen las fieras locas,

Mi caballo tordillo tasca el freno, relincha, salta.
Te tomo en brazos, clavo espuelas

Un rojo viento de maldición me azota el rostro.

Tú apretada a mi pecho, jilguero de esperanza,
tiembblas como una rosa desprendida del fuego.

EN LA HEREDAD

Noche apacible. Noche de mi casa de campo;
corredores severos, parronal de cien años,
árboles, flores, perros, pájaros, libros,
y, en medio, tú.

Retratos de mis padres en las murallas,
tuyos, de mis hermanos y uno mío
que encuentras parecido a Chopin.

La vieja que de chico me llevaba en los brazos
te halla muy linda y dulce.

Voy al huerto, están ávidos los naranjos, los caquis,
la higuera, los duraznos

ABEJA BENIGNA

Lejos estamos hoy. Nos separan dos años
y un rudo viento oscuro que me lleva en sus ancas.

Desde aquí me pregunto, primavera gozosa,
mía, milagro vivo que de lejos me besa:

¿Y mis sueños? ¿Y tú, dulce abeja benigna,
sonrisa agradecida, rama llena de pájaros?

¿Y tú? ¿Y tú?

Alta y cimbreante,

orquídea fervorosa, clara vertiente unánime.

¿Y tú? ¿Y tú?

Inquieta avispa rubia, fresca col de Chillán,
laguna inextinguible, brazado de gavillas

¿Y tú? ¿Y tú?

LA SIMPLE VERDAD

Ahora, hombre sin cantos, te hablo en frases sencillas
lo que en largos poemas no te dije al comienzo.

No, no te extrañes. Es que ahora eres mía.

Desde que nos amamos no fuí más tu poeta
sino tu amante.

LA MUJER EN EL MAR

La ancha ola se te encarama por la espalda,
como los verdes pinos por la ladera.
¿Contra quién esgrimiría mi verso terrible
si el mar no te devolviera?
¿Contra el adusto mar
o contra tu temeraria imprudencia?
Atenta a mi pensamiento, súbito te sumerges.
Comienza, al punto, mi canción furiosa:
“Mar,
agua perversa, sangre de un mundo muerto,
corazón de reptil aciago,
por encima de todo,
mi odio.....”

Pero apareces luego, y callo.
¡El mar te ha devuelto más hermosa!

La playa está llena de marineros.
Triunfa, desnuda ante ellos, la incitante inocencia
de tu cuerpo que el mar me roba.
¡El mar que es ahora tu esposo!

Alguien dice al oído de un compañero:
“Esa mujer se acuesta
con aquel hombre que está escribiendo”.

La curiosidad aviva sus deseos.
Todos sabrán, luego,
que yo soy el que en las noches
acaricio tus senos.
No me disgusta que lo sepan,
pero me disgusta que te miren riendo

Ese que ahora cuenta mis amoríos
me conoció en el Norte, siendo marino
y amante de la señora de un capitán.
—Viejo conocido, le digo, abrazándolo,
viejo conocido del mar,
por la que ahora juega con la espuma
vamos a echar un trago al restaurant.

EL POETA DEL SOMBRERO MORISCO

Viento de la tarde, solano frío y fugaz,
caricia de tus ojos cuando yo estaba ausente,
hace ahora, lo menos, la mitad de tus años.

La Navidad esta vez
será después del advenimiento del niño.
Seremos tres, entonces, los que velaremos esa noche.

Ya años atrás te había prometido ese juguete.
Pero no siempre lo que uno anhela acaece.
Sin embargo, no podemos quejarnos:
la suerte nos ha favorecido.
Una casa sin niños
debe ser, a la larga, insoportable.

Nuestros vecinos, sin ir más lejos,
no tienen hijos.
El está siempre ausente.
Ella tiene dos amantes.

Esta ventisca de día festivo
encumbra el volantín de mis deseos.
Me parece que aún estamos de novios,
que tú aún me esperas en el umbral de tu casa
y que yo aún voy a besarte en la oscuridad.

A tí no te importaba que nos mirasen los forasteros
ni sonriesen, al vernos, los vecinos.
Pero te molestaba que en el barrio me llamasen
“el poeta del sombrero morisco”.

Recuerdo algunos de tus caprichos.
Me decías, por ejemplo:
“me gustaría verte vestido de marinero”.
O bien: “¿Por qué te pondrían “Joaquín”
y no Alberto?
¡Joaquín es nombre de viejo!”

Nada he olvidado;
ni siquiera que un día que llegué ebrio
me acariciaste de una manera nueva.
Pensaste que no lo advertiría.
Pero lo advertí, ¿no es cierto?
¡No puedes decir que no respondí a tus deseos!



Cuando tú leas esto,
llorarás de vergüenza.
Yo podría ahorrártela suprimiendo dos versos,
pero no puedo.
No es que sea egoísta. Te daría la vida.
Pero tú pasarás y yo contigo,
y este poema ha de quedar escrito.
¡No podría dormir si lo truncara!

TRISTE REGRESO

Sombra, pero sombra que te ama más.
No me mires. No me preguntes.
¡Siempre estuve a tu lado!

Sí, de paso otra vez, de paso siempre.
Hacia el norte, hacia el sur
¡Hacia la muerte ?

Confiada me esperabas. Me lo dicen tus ojos.
No, no me sigas; el viaje es largo y duro.
Volveré cuando pueda.

LA VOZ PERMANENTE

Tienes, desde este día,
llena la boca de mis palabras anhelantes.
¡Oh más garrida que las cortesanas de Luis XIV!
Llena la boca, sí, de los secretos de la mía.

Lejos mañana.
Risa de campo,
anillo de claveles en tu seno de aurora.
Yo ahora estoy enfermo, pero te miro y canto.

¡Oh qué pudiera decirte que nunca se te olvidara!

Recuerdo de tu nombre cuando el puelche brincante.
Tu voz de aquella noche que se encendía en mis deseos:
“Te irás ¡oh! amado, antes que las estrellas se levanten”.
Lejos mañana. Tú lo anunciaste.

Ahora que recién nuestro amor comenzaba a dignificarse.
Ahora que tú recién comenzabas a mirar con mis ojos.

¡Qué pudiera decirte que nunca se te olvidara!

Lejos mañana. Sangradura de labios ardidos.

Andar, andar, besar caras morenas,
cruzar pueblos oscuros. He ahí mi vida.
¡Mi vida que estuvo a punto de ennoblecerse en tus abrazos!
Andar, andar,
correr seguido por los perros del diablo,
besar caras morenas, escribir versos locos
Oh! qué pudiera decirte que nunca se te olvidara!
¿Dónde estás? Oh! escogida, aún no me voy y ya te pierdo.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?
Sí, estás ahí, con el rostro cubierto.
Estás ahí, anudando mi amor en el pañuelo.
Estás ahí, con las manos llenas de mis besos recientes.
No llores. Volveré antes de que termine el otro invierno.

¡Qué pudiera decirte que nunca se te olvidara!

Lejos mañana. Danzadera jarifa. Vencedora.
Tú más grácil que la avispa sobre la yema de la manzanilla.

¡Cuán breve ha sido nuestra primavera amorosa!
¡Dónde estás? ¡Dónde estás?
Estás ahí, con las manos llenas de mi partida irreparable.
Oh! escogida. Oh! más garrida que las sultanas.
¡Qué pudiera decirte que nunca se te olvidara!

CANTIGA DEL CONTINENTE NUEVO

Soy cazador de estrellas
en la hora presente
y en el sol.

Flechero entristecido, tengo flechas de lumbres
y de amor.

Corren las fugitivas corzas,
estrellas
sobre tu corazón.

Tengo en mi alma una nave
y una mar
y un farol.
Hacia un puerto de España

Tú y yo
vamos hacia un puerto de España,
galeotes de un lobo capitán español.

Soy cazador de estrellas por ventura de Dios.
Desde hoy
no te llamas ya más Rosa o Leonora
sino Diana.
Te llamas Diana la Cazadora.

Surta la nave en alta mar te estoy esperando.
Ven para echarte al mar, Comendadora,
para que nunca más te halle mi alma a la noche
ni a la aurora.

¡Cuándo tuvo la mar tanta sal y tristeza
como en la hora diáfana de las estrellas!
Pupilas de la noche, le clavan las entrañas.
Por el mar de los cielos bogan los mundos locos.
Por el mar de la tierra bogan los marineros.

Vámonos hacia el puerto de Palos a partir.
Las carabelas sueñan, esperando impacientes.
Hacia el Norte los golfos de las aguas sombrías.
Hacia el Sur:

Harmonipán.

Somos descubridores.
¡Somos descubridores de un Continente!

LA HORA DE PRUEBA

EL VIAJE

Montañas altas, crespos mares, llanos sin fin,
tú al Sur.

Carrera desbocada, vértigo, cielos nuevos,
pueblos junto a los ríos, humo, trac trac, trac trac,
niebla, túneles, puentes, robledales, campiñas,
viento, nieves lejanas, piedras. Tú al Sur, al Sur.

LA CASA

Mediodía apacible. Luz del campo sin ruidos,
caserón bondadoso, franco para el viajero.

Tú en la rama anhelante y en las aguas llovidas,
aquí, conmigo, ¡oh! santa, pegada a mis recuerdos.

Sonrisas de esta gente que me llevó en los brazos
suave y confiado como tu cabeza en mis hombros.
Oro de estas naranjas, miel de estas uvas viejas,
verde de estos maizales
Tu amor. Tu voz. Tus ojos.

LA ANGUSTIA

Campos de trigos nuevos, montes. Tú al Sur, al Sur.
Nuestras miradas ávidas, las palabras unánimes.
Tu recuerdo curvado como una C en mi espíritu.
Verde, grana, papales, sauces. Tú al Sur, al Sur.

Cabellera mojada del crisantemo inquieto,
canto de un ave errante de pie sobre un alambre.

Posada sobre el signo con que marco tus besos
tiemblas, como una insignia, sobre dos altos mástiles.

Carabela minúscula juegas en mi silencio
Al Sur, al Sur, dormido recental de mis selvas.

Mi amor, contra los muros, como un can forastero,
botado aquí, ladrando, te espera hasta que vengas.

EL POEMA DE LA MUJER AGRADECIDA

Casa que a nadie había acogido era mi vida.
Extraño, amigo, mi primo hermano la halló abierta.
Casa en el camino de San Clemente a la Argentina,
ahí donde el Maule forma collar a la barranca.

Vía de Mendoza, tú hacia la cordillera,
en medio de la caravana, lleno de polvo.
Yo aguardándote, sola, en la carretera,
en mis manos un vaso colmado de regocijo.
Ante nosotros la montaña, el río y mi casa
entre durazneros. Luego mi dicha y tus palabras:
"Sin saber que existías mi amor vino a buscarte,
viajera de treinta años, alborozada aurora,

si hoy **no** hubiese encontrado tu huella en estos campos
yo te habría creado tal como eres ahora:
rubia y fina,
vino de alegría y entusiasmo, casa amiga
en el camino de San Clemente a la Argentina”.

Sabor y color de la escondida flor serrana,
la que adorna el pecho de las dulces montañas
el día de sus bodas.
Flor ávida y amorosa,
tu boca en mi boca como el cordero en la fuente.



Limpia alegría de las copas colmadas,
tu alma pródiga, tu alma pródiga.
Oh! infiel querido,
músico de mis lucientes cristales.

Mi ávida batería de copas
aún hoy, como intocada, responde a tus insinuaciones
con cristalino regocijo.
Ahora tu mano golpea su rameado dedal
sobre la roja copa que es mi boca.

Realizada esperanza de treinta años
mi satisfecha vida os da las gracias.



Gracias, hombre, porque supistéis encontrarme,
diferenciarme y escogerme.

Gracias, hombre, porque supistéis despertarme,
estremecerme y encenderme.

Gracias, hombre, porque supistéis desearme
y poseerme y fecundarme.

Gracias, hombre, porque supistéis provocarme
y satisfacerme.

QUEJA DEL HOMBRE SOLITARIO

Madre: ya soy un hombre, ya no podrás mecirme jamás entre tus brazos, contra tu seno tibio, ni decirme, como antes, cuando tenía fiebre o no dormía: “niño, descansa aquí mi niño”.

Y hoy no puedo dormirme, como entonces, y tengo las sienas ardorosas por una fiebre inmensa. Yo quisiera gritarte: “méceme, estoy enfermo, estoy solo y me muerde, de noche, la tristeza”.

Pero me dicen todos que ya soy hombre, y pienso que si tú me adormieras me daría vergüenza.

Madre, te llamo siempre, cuando no me oye nadie,
con la misma voz simple con que te hablo esta tarde.
Me dan, a veces, ganas de salir por las calles
a gritar que no es cierto que ya soy hombre grande.

Que no es cierto que pesa sobre mis ojos tibios
el cansancio angustioso de veinticinco estíos,
que no ha dejado huellas en mi vida el martirio
como no dejan huellas, en el mar, los navíos.

Pero las gentes, madre, nunca comprenderían
esta tristeza negra de ser hombre y ser simple,
de ser débil y oscuro como las hojas finas
que lucen sobre el labio de las vertientes vírgenes.

Nunca comprenderían, madre, los hombres rudos
este dolor que me hace morder el polvo altivo
e hincar la estremecida rodilla sobre el duro
camino que bendicen las bestias y los niños.

Madre, estoy solo, debo ser siempre un solitario,
árbol erguido en medio de una montaña abrupta,
en cuyas hõjas verdes no han cantado los pájaros
y bajo cuyas sombras nadie ha dormido nunca.

Estoy solo, estoy solo, como las rocas solas
que el mar golpea y quiebra Estoy solo y lejano.
La voz de un viejo amigo se me fué con las sombras,
como un perfume antiguo se me fué con los años.

Tuve una novia. Fuéme suave y dulce la novia.
Puso tanta ternura sobre mi vida incierta
que todavía, a veces, mi corazón la nombra
como si ella estuviese parada ante mi puerta.

De tan divina y suave no pudo ser constante,
cualquier viento maldito la arrancó de mi ruta.
Yo me dije: "no es ella", y caminé adelante,
con este dolor grande de no encontrarla nunca.

Cada mujer que pasa tiene una parte de ella:
ésta los ojos hondos, aquella el canto blando.
Si las juntase a todas en una sola estrella
mi corazón caería de rodillas gritando:

¡Gracias, Señor, por tanta buena ventura y tanta
lucidez que en los ojos perecederos tengo!
Como un jilguero ciego toda mi vida canta,
toda mi vida canta como un jilguero ciego.

Solo, estoy solo, debo ser siempre un solitario.
Mi amor fué tan inmenso que no cupo en mi vida;
era tan grande y puro que mi alma se quedaba
bajo su sombra como si estuviese dormida.

Era tan noble y franco mi amor que cuando un día
se fué, pensé que todo terminaba en mi vida.
Desde entonces lo miro como un puerto lejano
hacia donde mis barcas van como aves perdidas.

Para otro amor no tengo más que un vacío inmenso
y un gran dolor perenne clavado en la garganta.
Mi voz que habla de amor cuando otro amor presente,
como la arteria rota por una espina, sangra.

Ruda la vida, madre, me hizo hombre, a latigazos,
me arrancó de tus brazos y me arrojó al camino.
Caminé, desde entonces, de fracaso en fracaso,
luchando cuerpo a cuerpo, solo, con el destino.

Este es el hombre, pulpa de tu entraña mordida,
palabra tuya, canto tuyo, recuerdo tuyo,
que hoy te dice: “no puedo caminar por la vida,
con este peso enorme sobre el hombro desnudo”.

Cuerpo menguado, trémula mano de niño enfermo,
asida a tí, con llanto, mi vida entera clama:
¡Que no puedas mecarme, madre cuando no duermo,
cuando la fiebre lame mi alma como una llama!

A quién pidiera, madre, que me hiciese liviano,
que me hiciese tan puro, tan diminuto y leve
que pudiese mecarme tu amor como una mano
mece el pañuelo blanco cuando pasan los trenes.

A quien pidiera, madre, que arrancase las malas
pasiones que en mi vida nacen como los musgos.
¡A quién pidiera, para libertarme, dos alas
y un navío ligero para arrancar del mundo!